

beldía, sino tambien por otros crímenes. En aquel tiempo tuvieron la temeridad de hacer prisionero á un hermano del mismo rey Moteuczoma, que era, segun creemos, señor de Ehecatepec, y con él cogieron á otros Mexicanos. Este atentado, cometido en una persona tan inmediata á su soberano, fué sin duda un medio de que se valieron para sustraerse al dominio de los Mexicanos, y hacer á la ciudad de Chalco émula de la de México; pues quisieron hacer rey de Chalco á aquel personaje, su prisionero, y muchas veces se lo propusieron, aunque en vano. Viéndolos él obstinados en su resolucion, les dijo al último que aceptaba la corona que le ofrecian; y á fin de que el acto de su exaltacion fuese mas solemne, queria que se plantase un árbol altísimo en la plaza del mercado, y sobre él se hiciese un tablado ó parapeto, desde donde pudieran verlo todos sus nuevos súbditos. Hízose todo como lo habia indicado; y reuniendo á los Mexicanos al rededor del árbol, subió al tablado con un ramo de flores en las manos, y desde aquella altura, habló así á los suyos: "Sabed, valientes Mexicanos, que los Chalqueses me quieren dar la corona de este estado; pero no permita nuestro dios que yo haga traicion á la patria, ántes bien con mi ejemplo os enseñaré á estimar en mas que la propia vida, la fidelidad que se le debe." Dicho esto, se precipitó de aquella elevacion. Accion ciertamente bárbara, pero conforme á las ideas que los antiguos tenian de la magnanimidad; y tanto ménos digna de censura, que la de Caton y la de otros héroes de la antigüedad, cuanto era mas noble el motivo, y mayor la grandeza de ánimo del Mexicano. Con esta accion, de tal modo se inflamó la cólera de los Chalqueses, que allí mismo atacaron á los otros Mexicanos, y á lanzadas les dieron muerte. La noche siguiente oyeron acaso el canto melancólico de un ave nocturna, y como hombres dados á la supersticion, lo creyeron triste agüero de su próxima ruina. No se engañaron en aquel presentimiento; pues Moteuczoma, gravemente irritado por su rebeldía, y por sus enormes delitos, de-

claró inmediatamente la guerra, y mandó encender hogueras en las cimas de los montes, en señal de la sentencia de esterminio que habia fulminado contra los rebeldes. Marchó en seguida contra aquella provincia, é hizo tan grandes estragos en ella, que la dejó casi despoblada. Los pocos de sus habitantes que sobrevivieron á tan formidable castigo, huyeron á las cuevas de los montes que dominan las llanuras de Chalco, y otros para alejarse mas del peligro, se refugiaron en Huexotzingo y Atlixco. La ciudad de Chalco fué entregada al saqueo. Al furor de la venganza, sucedió en Moteuczoma, como sucede en todos los corazones, la compasion de los desventurados. Publicó un indulto general en favor de los fugitivos, y especialmente de los viejos, de las mugeres y de los niños, convidándolos á volver sin recelo á su patria; y no satisfecho con esto, dispuso que sus tropas recorriesen los montes, para buscar á los que, huyendo de los hombres, se habian refugiado entre las fieras. Volvieron en efecto muchos, y fueron distribuidos en Amaquemecan, Tlalmanalco y otros lugares; pero algunos, ó por desconfianza del perdon, ó por despecho, se abandonaron á la muerte en las montañas. Moteuczoma dividió una parte del territorio de Chalco entre los capitanes que se habian señalado en la guerra.

Despues de esta expedicion conquistaron los Mexicanos á Tamazollan, Piaztlan, Xilotepec, Acatlan y otros pueblos. Con tan rápidas adquisiciones, engrandeció de tal modo Moteuczoma sus dominios, que por Levante se estendian hasta el golfo mexicano; por Sudeste, hasta el centro del gran pais de los Mixtecas; por Mediodía, hasta Quilapan, y mas allá; por Sudoeste, hasta el centro del pais de los Otomites, y por el Norte, hasta la estremidad del valle.

Mas las atenciones de la guerra no estorbaron á aquel famoso rey cuidar de lo que pertenecia al gobierno civil y á la religion. Publicó nuevas leyes, aumentó el esplendor de su corte, é introdujo en ella cierto ceremonial desconocido de sus antepasados. Edi-

ficó un gran templo al dios de la guerra, instituyó muchos ritos, y aumentó el número de los sacerdotes. El intérprete de la *Coleccion* de Mendoza añade: que Moteuczoma fué sobrio y estraordinariamente severo en el castigo de la embriaguez; y que con su justicia, su prudencia, y el arreglo de sus costumbres, se hizo temer y respetar de sus súbditos. Finalmente, despues de un reinado glorioso de veintiocho años y algunos meses, murió, llorado de todos, en 1464. Sus exequias se celebraron con tanto mayor aparato, cuanto mayor era la manifiencia de la corte y el poder de la nacion.

AXAYACATL, SESTO REY DE MEXICO.

Antes de morir Moteuczoma, habia convocado á los primeros personajes de la corte; y despues de haberlos exhortado á la concordia, encargó á los electores que diesen el trono al príncipe Axayacatl, por creerlo el mas capaz de promover la gloria de los Mexicanos. Los electores, ó por deferencia al parecer de un rey tan benemérito de la nacion, ó porque realmente conocian el mérito de Axayacatl, lo prefirieron á su hermano mayor Tizoc, y le dieron la corona. Era Axayacatl hijo de Tezozomoc, el cual habia sido hermano de los tres reyes predecesores de Moteuczoma, y, como ellos, hijo del rey Acamapitzin.

Despues de las fiestas de la eleccion, salió el rey á la guerra, con el solo objeto, como habian hecho sus antecesores, de tener prisioneros que sacrificar en la solemnidad de su coronacion. Hizo una expedicion contra la provincia de Tecuantepec, situada en la costa del mar Pacífico, cerca de cuatrocientas millas de México, hácia el Sudeste. Los Tecuantepequeses se habian preparado y aliado con sus vecinos, para resistir á las tentativas de los Mexicanos. En la batalla furiosa que se dió entre ambos ejércitos, Axayacatl, que mandaba en gefe, fingió retirarse para atraer los enemigos á una emboscada. Los Tecuantepequeses siguieron á los Mexicanos, cantando ya la victoria; cuando de repente se vieron atacados á retaguardia

por una parte del ejército contrario, que salió de la emboscada, al mismo tiempo que los que huian volvieron caras, y empezaron á pelear de nuevo: así que, estrechados por una y otra parte, fueron derrotados completamente. Los que pudieron salir del conflicto, fueron perseguidos por los Mexicanos hasta la misma ciudad de Tecuantepec, que entregaron á las llamas. Los vencedores, aprovechándose de la consternacion de aquellos pueblos, estendieron sus conquistas hasta Coatlco, lugar marítimo, cuyo puerto fué frecuentado en el siglo siguiente por los buques españoles. De aquella expedicion volvió Axayacatl cargado de despojos, y fué coronado con aparato estraordinario de tributos y sacrificio de prisioneros. En los primeros años de su reinado solo pensó en hacer nuevas conquistas, segun el ejemplo de sus predecesores. En 1467 reconquistó á Cotasta y á Tochtepec, que se le habian rebelado. En 1468 ganó una completa victoria á los Huexotzingos y á los Atlixqueses, y restituido á México, emprendió la fábrica de un templo, que llamó *Coatlan*. Los Tlatelolcos hicieron á competencia otro, que llamaron *Coaxolotl*; de lo que resultaron, entre los dos reyes, nuevas discordias, que terminaron, como despues veremos, en daño de los Tlatelolcos. En 1469 murió Totoquihuatzin, primer rey de Tacuba, el cual, en los cuarenta años y mas que rigió aquel pequeño estado, fué constantemente fiel á los Mexicanos, y los sirvió con celo en casi todas las guerras que emprendieron contra sus enemigos. Le sucedió su hijo Quimalpopoca, que le fué muy semejante en valor y en fidelidad.

MUERTE Y ELOGIO DEL REY NEZAHUALCOYOTL.

Mucho mas deplorable fué la pérdida que sufrieron los Mexicanos, el año de 1470, con la muerte de Nezahualcoyotl. Este monarca fué uno de los héroes mas famosos de la América antigua. Su gran valor, que en su juventud pasó á temeridad, fué una de las dotes ménos apreciables de su ánimo. Su fortaleza y su constancia en los trece años en

que estuvo privado de la corona, y perseguido por el usurpador, fueron ciertamente admirables. Mostróse inflexiblemente recto en la administracion de la justicia. Para perfeccionar la civilizacion de sus pueblos, y corregir los desórdenes introducidos en su reino en tiempo de los tiranos, promulgó ochenta leyes, que despues fueron compiladas por su noble descendiente D. Fernando de Alba Ixtlilxochitl, en su Historia MS de los Chichimecas. Mandó que ninguna causa civil ni criminal pudiese prolongarse por mas de ochenta dias, ó cuatro meses mexicanos. Cada ochenta dias se celebraba una gran reunion en el palacio real, á la que concurrían todos los jueces y los reos. Entónces se juzgaban irremisiblemente todas las causas que no se habian terminado en el periodo anterior; y los reos, de cualquiera clase de delitos, sufrían allí mismo, y en presencia de aquella asamblea, la pena á que habian sido condenados. Señaló penas á los crímenes, manifestándose especialmente severo con el adulterio, la sodomía, el hurto, el homicidio, la embriaguez y la traicion á la patria. Si hemos de dar crédito á los historiadores tezcocanos, mandó dar muerte á cuatro de sus hijos por incestuosos.

Era sin embargo extraordinaria su clemencia con los desgraciados. En su reinado estaba prohibido, bajo pena de muerte, tomar algo del campo ageno; y tan rigurosa era la ley, que bastaba robar cuatro mazorcas de maíz, para incurrir en la pena. Nezahualcoyotl, para socorrer de algun modo á los caminantes pobres, sin detrimento de la ley, mandó que en los dos lados de los caminos se sembrasen maíz y otras plantas, de que pudiesen servirse los necesitados. Gastaba en limosnas una gran parte de sus ingresos, dándolas con preferencia á los viejos, á los enfermos y á las viudas. Para impedir la destruccion de los bosques, prescribió ciertos límites á los leñadores, y prohibió, bajo graves penas, su trasgresion. Queriendo saber si se observaba exactamente aquella disposicion, salió un dia disfrazado, con un príncipe hermano suyo, y pasó á la

falda de un monte cercano, donde estaban los límites prescritos. Allí encontró un muchacho que estaba recogiendo leña menuda, de la que habian dejado los leñadores, y le preguntó por qué no iba al bosque á coger pedazos mas gruesos: „Porque el rey, contestó el muchacho, nos ha prohibido pasar de estos límites; y si no lo obedecemos, seremos rigurosamente castigados.” El rey no pudo conseguir, ni con promesas, ni con regalos, que el muchacho infringiese la ley. La compasion que le inspiró este suceso, lo movió á ampliar los límites determinados.

Miró siempre con gran celo la fiel administracion de la justicia; y á fin de que, con pretexto de necesidad, no se dejasen corromper los jueces por los litigantes, ordenó que de la casa real se les suministrasen víveres, ropa y todo lo necesario, segun la clase y calidad de la persona. Era tanto lo que anualmente se espendia en su familia y casa, en el mantenimiento de los ministros y magistrados, y en el alivio de los pobres, que seria increíble, y yo no osaria escribirlo, si no constara por las pinturas originales, vistas y examinadas por los primeros misioneros que se emplearon en la conversion de aquellos pueblos; y si no lo confirmara el testimonio de un descendiente de aquel monarca, convertido á la fe cristiana, y llamado, despues del bautismo, D. Antonio Pimentel (1). Era pues, el gasto de Nezahualcoyotl, reducido á medidas castellanas, el siguiente:—

De maíz	4,900,300 fanegas.
De cacao	2,744,000 id.
De chile y tomate	3,200 id.
De chiltepin, ó pimientopequeño muy fuerte, para salsas	240 id.
De sal	1,300 panes gruesos.
Pavos	8,000.

No tiene guarismo el consumo que se hacia de chia, habichuelas y otras legumbres; de ciervos, conejos, patos, codornices y to-

[1] Torquemada asegura haber tenido en sus manos aquellas pinturas.

da especie de aves. Bien puede calcularse el número exorbitante de gente que era necesaria para recoger tan gran cantidad de maíz y de cacao, especialmente cuando se tiene presente que este provenia del comercio con los países calientes, no habiendo en todo el reino de Anáhuac terreno propio para el cultivo de aquella planta. / Catorce ciudades suministraban aquellas provisiones durante medio año, y otras quince, durante el otro medio (1). A los jóvenes tocaba la provision de leña, de la que se consumia en la casa real una cantidad inmensa. X

Los progresos que hizo aquel célebre rey en las artes y en las ciencias, fueron todos los que podia hacer un gran ingenio, sin libros en que estudiar, y sin maestros de quienes aprender. Era diestro en la poesía nacional, y compuso muchas piezas poéticas, que fueron universalmente aplaudidas. En el siglo XVI eran célebres, aun entre los españoles, los sesenta himnos que compuso en loor del Criador del cielo. Dos de aquellas odas ó canciones, traducidas al castellano por su descendiente D. Fernando de Alba Ixtlilxochitl, se han conservado hasta nuestros tiempos (2). Una de ellas fué compuesta poco despues de la ruina de Azcapozalco. Su argumento, semejante al de la otra de que ya hemos hecho mencion, era una lamentacion de la inestabilidad de las grandezas humanas en la persona del tirano, el cual, á guisa de un árbol grande y robusto, habia estendido sus raices, y ensanchado sus ramas, hasta dar sombra á todo el territorio del imperio; pero al fin, seco y podri-

do, cayó al suelo sin esperanza de recobrar el antiguo verdor.

Pero en nada se deleitaba tanto Nezahualcoyotl como en el estudio de la naturaleza. Adquirió muchos conocimientos astronómicos, con la frecuente observacion que hacia del curso de los astros. Aplicóse tambien al conocimiento de las plantas y de los animales; y por no poder tener en su corte los que eran propios de otros climas, mandó pintar en su palacio, al vivo, los que nacían en la tierra de Anáhuac. De estas pinturas habla el Dr. Hernandez, que las vió é hizo uso de ellas; y por cierto que son mas útiles y mas dignas de la mansion de un rey, que las que representan la perversa mitología de los griegos. Investigaba atentamente la causa de los fenómenos naturales, y esta continua observacion le hizo conocer la vanidad de la idolatría. Decía privadamente á sus hijos, que cuando adorasen con señales exteriores los ídolos, para conformarse con los usos del pueblo, detestasen en su interior aquel culto despreciable, dirigido á seres inanimados; que él no reconocía otra divinidad, sino el Criador del cielo, y que no prohibía en sus reinos la idolatría, como deseaba, porque no lo acusasen de contradecir la doctrina de sus mayores. Prohibió los sacrificios de víctimas humanas; pero viendo despues cuan difícil es apartar á los pueblos de las antiguas ideas en materias de religion, volvió á permitirlos, prohibiendo sin embargo otro sacrificio que el de prisioneros de guerra. Fabricó en honor del Criador del cielo, una alta torre de nueve pisos. El último era oscuro; su bóveda estaba pintada de azul, y adornada con cornisas de oro. Residían en ella hombres encargados de tocar en ciertas horas del dia, unas hojas de finísimo metal, á cuyo aviso se arrodillaba el rey para hacer oracion al Criador del cielo, y en su honor ayunaba una vez al año (1).

(1) Las catorce ciudades primeras eran: Tezcoco, Huexotla, Coatlichan, Atenco, Chiautla, Tezonoyocan, Papalotla, Tepetlaoztoc, Acolman, Tepechpan, Xaltocan, Chimalhuacan, Iztapalocan y Coatepec. Las otras quince: Otompan, Aztaquemecan, Teotihuacan, Cempoallan, Axapochoq, Tlalanapan, Tepepolco, Tizayocan, Ahuatepec, Oztoticpac, Cuauhtlatzincó, Coyoac, Oztotlatlahuacan, Achichillacachocan y Tetliztacac.

(2) Estas dos odas se hallaban entre las preciosidades de Boturini. Bien quisiera yo tenerlas para publicarlas en esta Historia.

[1] Estas anécdotas han sido tomadas de los preciosos MS de D. Fernando de Alba, el cual, como cuarto nieto de aquel rey, pudo saber auténtica-

Su esclarecido ingenio, y el amor que tenia á sus súbditos, contribuyeron en gran manera á ilustrar aquella corte, la cual se consideró despues como la patria de las artes y el centro de la civilizacion. Tezcoco era la ciudad donde se hablaba con mayor pureza y perfeccion la lengua mexicana; donde se hallaban los mejores artifices, y donde mas abundaban los poetas, los oradores y los historiadores (1). De allí tomaron muchas leyes los Mexicanos y otros pueblos; de modo que puede decirse que Tezcoco fué la Atenas y Nezahualcoyotl el Solon de Anáhuac.

En su última enfermedad, habiendo convocado en torno de sí á todos sus hijos, declaró por heredero y sucesor á la corona de Acolhuacan, á Nezahualpilli; el cual, aunque mas jóven que los otros, le fué preferido, tanto por haber nacido de la reina Matlalcihuatzin, como por su notoria rectitud y superior ingenio. Encargó á su primogénito Acapipoltzin, que ayudase al nuevo rey con sus consejos, hasta que aprendiese el arte difícil de gobernar. A Nezahualpilli recomendó encarecidamente el amor de sus hermanos, la proteccion de sus súbditos, y el celo por la justicia. En fin, para evitar todo alboroto que pudiera ocasionar la noticia de su muerte, mandó que se ocultase del modo posible al pueblo, hasta que Nezahualpilli estuviese seguro en la pacífica posesion de la corona. Los príncipes recibieron con lágrimas los últimos consejos de su padre; y saliendo á la sala de audiencia, donde la nobleza los aguardaba, fué Nezahualpilli aclamado rey de Acolhuacan, habiendo ántes declarado su hermano mayor ser aquella la voluntad de su padre, el cual debiendo hacer un gran viaje, queria ántes nombrarse un sucesor. Todos prestaron obediencia al nuevo soberano, y en la maña-

mente muchas particularidades de boca de sus padres y abuelos.

[1] En la lista que daremos al fin de este tomo de los historiadores de aquel reino, se verá que algunos de ellos fueron de la familia real de Tezcoco,

na siguiente murió Nezahualcoyotl, á los cuarenta y cuatro años de reinado, y á cerca de los ochenta de edad. Sus hijos ocultaron su muerte, probablemente quemando en secreto su cadáver; y en vez de exequias fúnebres, celebraron juegos y regocijos extraordinarios, para solemnizar la coronacion del nuevo rey. Sin embargo, no tardó en saberse la verdad en despecho de sus precauciones, y vinieron á la corte muchos magnates á darle el pésame; pero el vulgo creyó siempre que aquel grande hombre habia sido trasferido á la mansion de los dioses, en premio de sus virtudes.

CONQUISTA DE TLATELOLCO, Y MUERTE DEL REY MOQUIHUIX.

Poco tiempo despues de la exaltacion de Nezahualpilli, ocurrió la memorable guerra de los Mexicanos con sus vecinos y rivales los Tlatelolcos. Su rey Moquihuix, no pudiendo sobrellevar la gloria del de México, empleaba cuantos medios estaban á su alcance para oscurecerla. Estaba casado, como ya hemos visto, con una hermana de Axayacatl, habiéndosela dado Moteuczoma en premio de la famosa victoria que ganó á los Cotasteses. En esta desgraciada señora desfogaba comunmente su rabia contra el cuñado; y no satisfecho con aquellas demostraciones de odio, procuró aliarse con otros pueblos que llevaban con impaciencia el yugo mexicano. Tales fueron Chalco, Xilotepec, Toltitlan, Tenayuca, Mexicatzinco, Huitzilopochco, Xochimilco, Cuiclahuac y Miscoic; los cuales convinieron en atacar por retaguardia á sus enemigos, despues que hubiesen empezado la accion los Tlatelolcos. Los Cuauhpanqueses, los Huetzotzingos y los Matlatzincas, cuyos auxilios habian tambien implorado, debian incorporar sus tropas á las de los Tlatelolcos, para la defensa de la ciudad. Supo la reina estas negociaciones, y ya por odio á su marido, ya por amor á su hermano y á su patria, avisó de todo al rey Axayacatl, á fin de que evitase un golpe que amenazaba la destruccion de su trono.

Moquihuix, seguro de la ayuda de los confederados, convocó á los nobles de su corte para estimularlos á la empresa. Alzó la voz en la asamblea un sacerdote viejo, y que gozaba de mucha autoridad, llamado Poyahuitl, y en nombre de todos, se ofreció á pelear denodadamente contra los enemigos de la patria. En seguida hizo un sacrificio, y dió á beber al rey y á todos los caudillos, agua teñida con sangre humana; con lo que sintieron, segun decian, aumentarse su valor, y yo no dudo que sentirian nuevos ímpetus de odio y de crueldad. La reina, entre tanto, no pudiendo ya sufrir el mal trato que recibia, y atemorizada de los peligros de la guerra, dejó á su marido, y pasó á México con sus cuatro hijos, á ponerse bajo la proteccion de su hermano. La proximidad de las dos cortes pudo facilitar esta fuga. Tan extraordinaria novedad exasperó de tal modo el aborrecimiento de los dos pueblos, que donde quiera que se encontraban sus individuos, se maltrataban de palabras, venian á las manos, y peleaban hasta morir.

Acercándose ya la época de empezar la guerra, hizo Moquihuix, con sus capitanes y muchos de los confederados, un solemne sacrificio en el monte mas próximo á la ciudad, para grangearse la proteccion de los dioses, y allí se determinó el dia en que debian hacerse las primeras hostilidades. De allí á poco pasó aviso á los confederados, á fin de que estuviesen aperecidos á socorrerlo, cuando empezase el ataque. Xiloman, señor de Colhuacan, queria acometer desde luego á los Mexicanos, y disimulando despues una retirada, empeñarlos en ella, para que los Tlatelolcos los atacasen por retaguardia. El dia siguiente al de aquella embajada, hizo Moquihuix la ceremonia de armar á sus tropas: pasó despues al templo de Huitzilopochtli, para invocar su auxilio: bebieron todos otra vez de aquella nefanda pocion que les habia dado el sacerdote en el primer congreso, y todos los soldados pasaron uno á uno delante del ídolo, haciéndole cada cual una profunda reverencia. Terminada apénas aquella ceremonia, entró en

la plaza del mercado una partida de Mexicanos, matando á cuantos encontraban; pero sobreviniendo de pronto las tropas de Tlatelolco, los arrojaron, haciendo algunos prisioneros, los cuales fueron inmediatamente sacrificados en un templo llamado *Tillan*. Aquel mismo dia, al ponerse el sol, tuvieron algunas mugeres tlatelolcas el arrojo de entrar en las calles de México, insultando á los habitantes, diciéndoles injurias y amenazándolos con su próxima ruina; pero ellos las trataron con el desprecio que merecian.

Los Tlatelolcos tomaron las armas aquella noche, y al romper el dia siguiente empezaron á atacar á los Mexicanos. En lo mas encendido de la refriega llegó Xiloman con sus tropas; pero viendo que el rey de Tlatelolco habia entrado en accion sin aguardarlo, ni hacer caso de sus consejos, se retiró indignado; mas queriendo hacer algun daño á los Mexicanos, hizo cerrar los canales por los que podrian recibir socorros de barcos: tentativa que le salió frustrada, pues Axayacatl los hizo reparar prontamente. Todo aquel dia se combatió con indecible ardor por una y otra parte, hasta que la noche obligó á los Tlatelolcos á retirarse. Los Mexicanos quemaron las casas próximas á Tlatelolco, porque quizás les estorbaban para pelear; mas al ponerles fuego, veinte de ellos fueron hechos prisioneros y sacrificados al punto.

Axayacatl pasó la noche distribuyendo su gente en los caminos que conducian á Tlatelolco, y al despuntar la aurora se pusieron en marcha hácia la plaza del mercado, que era el punto de su reunion. Los enemigos, viéndose cercados por todas partes, se iban retirando hácia aquella gran plaza, para congregarse sus fuerzas, y poder resistir con mejor éxito; pero al llegar á ella se encontraron aun mas embarazados por el escesoivo número de gente que se habia amontonado en su recinto. No bastaban ya las voces con que Moquihuix procuraba alentar á los suyos desde lo alto del gran templo. Sus súbditos caian muertos ó heridos, y desfogaban en improprios su rabia contra el rey.

„Cobarde, le decian, baja y toma las armas: que no es de hombres de pro estar mirando tranquilamente á los que pelean, y pierden la vida en defensa de la patria.” Mas estos lamentos, arrancados por el dolor de las heridas, ó por las agonías de la muerte, eran injustos; pues Moquihuix no faltaba á sus obligaciones de general y rey, procurando no esponer tanto su vida, como los soldados la suya, para serles mas útil con el consejo y con la voz. Entre tanto, los Mexicanos llegaron á la escalera del templo, y subiendo por ella, dieron con Moquihuix, que animaba á su gente, y se defendía como un desesperado; pero un capitán mexicano, llamado *Quetzalhua*, lo arrojó de un golpe por la escalera abajo, y unos soldados, cogiendo en brazos el cadáver, lo presentaron á Axayacatl, el cual abriéndole el pecho, le arrancó el corazón: acción horrible, pero á lo que ellos estaban acostumbrados en sus sacrificios (1). Así acabó el valiente Moquihuix, y con él la pequeña monarquía de los Tlatelolcos, gobernada por cuatro reyes en el espacio de cerca de ciento diez y ocho años. Los Tlatelolcos, viendo muerto á su monarca, se desordenaron, y procuraron salvar la vida con la fuga, pasando por medio de sus enemigos; pero quedaron muertos en la plaza cuatrocientos sesenta, y entre ellos algunos oficiales de alto grado. Despues de aquella conquista, se unió perfectamente la ciudad de Tlatelolco á la de México, ó por mejor decir, no se consideró como una ciudad distinta, sino como parte ó arrabal de ella, como sucede en la actualidad. El rey de México puso allí un gobernador, y los Tlatelolcos, ademas del tributo que le pagaban en granos, ropas, armas y armaduras, estaban obligados á reedificar el templo de Huitznahuac, siempre que fuese necesario.

(1) El intérprete de la *Coleccion* de Mendoza dice que, habiendo Moquihuix perdido la batalla, se acogió á lo alto del templo, y desde allí se precipitó, por no poder sufrir los improperios de un sacerdote; pero la relacion de los otros historiadores me parece mas conforme al carácter del rey.

No sabemos si los Cuauhpanqueses, los Huexotzingos y los Matlatzincas, que se habian confederado con los Tlatelolcos, se hallaron en efecto en aquella guerra. De los otros aliados, dicen los historiadores que habiendo llegado al socorro de los Tlatelolcos, cuando ya era muerto Moquihuix, se retiraron sin tomar parte en la lucha. Cuando Axayacatl se vió desembarazado de enemigos, mandó dar muerte á Poyahuítl, y á Ehecatzitzimitl, que eran los que mas habian escitado á sus compatriotas contra los Mexicanos. La misma suerte tuvieron poco tiempo despues los caudillos de Xochimilco, de Cuitlahuac, de Colhuacan, de Huitzilopochco y otros, por haber tomado parte en la guerra.

NUEVAS CONQUISTAS, Y MUERTE DE AXAYACATL.

Para vengarse despues de los Matlatzincas, nacion numerosa y fuerte, establecida en el valle de Toluca, y aun no sometida á los Mexicanos, les declaró la guerra; y saliendo de México, con los reyes aliados tomó de paso los pueblos de Atlapolco, y Xalatlauhco: despues conquistó en el mismo valle á Toluca, Tetenanco, Metepec, Tzinacantepec, Calimaya, y otros lugares de la parte meridional, quedando desde entónces la nacion tributaria de la corona de México. Pasado algun tiempo, volvió á la misma provincia, para ocupar la parte setentrional del valle, llamada en el dia *valle de Ixtlahuacan*, y principalmente Xiquipilco, ciudad y estado considerable de los Otomites, cuyo señor Tlilcuezpalin era famoso por su valor. Axayacatl, que aun se jactaba del suyo, quiso pelear cuerpo á cuerpo con él en la batalla que presentó á los Xiquipilqueses; pero el éxito le fué funesto, pues habiendo recibido una gran herida en un muslo, sobreviniendo dos capitanes otomites, lo arrojaron al suelo, y lo hubieran hecho cautivo, á no haberse presentado unos jóvenes mexicanos, que viendo á su rey en tan gran peligro, combatieron en su defensa, salvándole la libertad y la vida. A pesar de esta desgracia, los Mexicanos consiguieron una

completa victoria, é hicieron, segun dicen sus cronistas, once mil sesenta prisioneros, entre ellos al mismo Tlilcuezpalin, y á los dos capitanes que habian atacado al rey. Con este glorioso triunfo, agregó Axayacatl á su corona los estados de Xiquipilco, Xocotitlan, Atlacomolco, y todos los demas que no poseia ántes en aquel ameno valle.

Cuando sanó Axayacatl de su herida, aunque siempre quedó estropeado de la pierna, dió un gran banquete á los reyes aliados y á los magnates de México, durante el cual mandó dar muerte á Tlilcuezpalin, y á los ya mencionados capitanes otomites. No parecia á aquellas gentes importuna esta ejecucion en las delicias de un convite; porque acostumbrados á derramar sangre humana, el horror que esta debe inspirar, se habia convertido en deleite. ¡Tan grande es la fuerza de la costumbre, y tan fácil al hombre familiarizarse con los objetos mas espantosos!

En los últimos años de su reinado, pareciéndole demasiado estrechos por la parte de Occidente los límites de su imperio, salió de nuevo á campaña por el valle de Toluca, y pasando los montes, se apoderó de Tochpan y de Tlaximaloyan, quedando desde entónces en aquel punto fijada la frontera del rio Michuacan. Volviendo desde allí hácia Oriente, se hizo dueño de Ocuilla y de Malacatepec. La muerte interrumpió el curso de sus victorias en el décimo año de su reinado, y en el 1477 de la era vulgar. Fué hombre belicoso, y severo en el castigo de las trasgresiones de las leyes promulgadas por sus abuelos. Dejó de muchas mugeres un gran número de hijos, y entre ellos el célebre Moteuczoma II, de quien en breve hablaremos.

TIZOC, SETIMO REY DE MEXICO.

Por muerte de Axayacatl, fué elegido Tizoc, su hermano mayor, el cual habia servido el empleo de general de los ejércitos (1).

(1) El P. Acosta dice que Tizoc era hijo de Moteuczoma I, y el intérprete de la *Coleccion* de Mendoza lo

No sabemos los pormenores de la primera expedicion que hizo, con el fin de tener prisioneros, para sacrificarlos en la solemnidad de su coronacion. Su reinado fué breve y oscuro. Sin embargo, en la pintura décima de la *Coleccion* de Mendoza se representan catorce ciudades conquistadas por aquel monarca, entre las cuáles se cuentan Toluca y Tecaxic, que se habian rebelado á su corona; Chillan y Yancuitlan, en el pais de los Mixtecas; Tlapan y Tamapachco. Torquemada hace mencion de una victoria ganada por él á Tlacotepec.

GUERRA ENTRE LOS TEZCOCANOS Y LOS HUEXOTZINGOS.

En el tiempo de este rey ocurrió la guerra entre los Tezcocanos y Huexotzingos. Su origen fué la ambicion de los príncipes, hermanos del rey Nezahualpilli; los cuales aunque se mostraron satisfechos al principio, de la exaltacion de su hermano menor, habiéndose enfriado despues la memoria de su difunto padre, y no pudiendo ya sufrir la autoridad del que ellos creian su inferior, tramaron contra él una conjuracion secreta. Para la ejecucion de sus perversos designios, convidaron desde luego á los Chalqueses, que siempre estaban prontos á semejantes atentados; pero frustrados los medios con que contaban, solicitaron con el mismo fin á los Huexotzingos. Nezahualpilli, informado de aquellos planes, aprestó sin tardanza un buen ejército, y marchó contra ellos. El general de los enemigos habia indagado las señas del rey, para dirigir contra él sus ataques, y aun habia prometido grandes premios al que se lo presentase muerto ó vivo. No faltó quien informase de todo esto al rey, el cual, ántes de entrar en la accion, cambió de ropas y de insignias con uno de sus capitanes. Este desgraciado oficial fué muy en breve rodeado de la muchedumbre enemiga, y muerto á sus manos. Mientras saciaban en él su furor, Nezahualpilli acom-

hace hijo de Axayacatl; uno y otro se engañan. Tambien se engaña el P. Acosta en el orden de los reyes, colocando á Tizoc ántes de Axayacatl.